

históricas tales como *El humanismo de las armas en Don Quijote* (1948), *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (1960), *Las comunidades de Castilla, una primera revolución moderna* (1963), *El mundo social de la Celestina* (1964), *Antiguos y Modernos, la idea de progreso en el desarrollo de una sociedad* (1966), *Utopía y contrautopía en El Quijote* (1966).

El estudio del barroco, decíamos, le proyectó hacia nuestro siglo XVIII. Ahora bien, a diferencia de las épocas anteriores, el siglo ilustrado sólo ha recibido de la pluma de Maravall este cuarto tomo de sus estudios sobre el pensamiento español, circunstancia que le hace tanto más precioso y significativo. Ante todo, es preciso señalar que su aparición en solitario sobre un siglo tan complejo, dentro de la abundosa obra de Maravall, no alude a un interés tardío: todo lo contrario. Fecha tan madrugadora como la de 1955, en que firma la reseña del legendario *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, de Sarrailh, anuncia una preocupación contemporánea de la que le llevó hacia otras épocas de la historia de España. No podía ser de otro modo para quien tan tempranamente advirtiera que su campo de trabajo había de ser el problemático ámbito de la modernidad española, de la que el siglo XVIII formaba parte sustancial. También al siglo XVIII le alcanzaba la sospecha, a pesar de la existencia de obras tan prominentes como las de Sarrailh, Herr, Anes o Elorza, de que quedaban aspectos problemáticos que había que desentrañar. Y a ello se dedicó desde las fechas mismas en que aparecían sus estudios sobre el barroco.

II

Este grueso volumen dedicado al siglo XVIII es menos que un libro, ciertamente, pero mucho más que un centón. Y es de agradecer que así sea porque, en buena medida, nos permite acceder al taller del historiador, como le gustaba definir el conjunto formado por sus ficheros, carpetas y el simple bolígrafo, denominación que se adelanta en varias décadas al afortunado título de Furet, *L'atelier de l'historien*, y que recuerda un oficio, aquel oficio de historiador que diera título a la obrita testimonio de Marc Bloch. La compiladora ha seguido un diseño pragmático al ordenar el contenido: artículos, prólogos y re-

señas de libros. Cualquier ordenamiento es válido, y el cronológico no lo hubiera sido menos. De atenernos a él, descubriríamos que el adelanto cronológico se acompaña a la precocidad con que Maravall vio claro cuál habría de ser el cometido de ese oficio, las herramientas que éste necesita y las destrezas que supone. Nos referimos a esa tempranera reseña de la obra de Sarrailh. En ella, después del inevitable elogio a obra tan preclara, pasa Maravall a señalar en ella una primera deficiencia: si bien es cierto, como señala el historiador francés, que el grupo de ilustrados españoles se proyecta sobre el modelo de su país, no lo es menos que la influencia inglesa, la italiana, e incluso la alemana fue poderosa, aunque llegara a ellos filtrada a través de traducciones francesas. Ello explicaría el carácter eminentemente empirista y pragmático del pensamiento ilustrado español. Ya en el volumen dedicado al barroco había señalado Maravall la orientación empirista de los teóricos de la política de aquel siglo, y, tanto en él como en el XVIII, será el análisis de la categoría «experiencia» un elemento decisivo en la reconstrucción de una mentalidad.

Señala como mérito de Sarrailh el haber subrayado la actitud crítica con que aquí se recibe lo extranjero, lo que dota a nuestra Ilustración de un carácter diferencial, así como su insistencia en el hecho de que las reacciones castizas que aquí se producen se inspiran en fuentes no menos extranjeras. Pasa luego Maravall a congratularse con el hispanista francés por haber tocado un punto que considera neurálgico en nuestra historia: el de la relación entre minoría y masa. Va a ser éste un asunto recurrente a lo largo del apretado tomo de Maravall. En efecto, abandonando esa terminología de resonancias orteguianas —quizá por su excesiva vaguedad— Maravall, aunque no dedica expresamente ninguno de los estudios aquí incluidos a la elucidación social de ese grupo de «burgueses» que promueven la Ilustración en España, no deja de hacerlo a lo largo de todo el volumen, hasta el punto de que es raro el trabajo que no recoge esa preocupación. Y, como de pasada, dado que ese grupo no se corresponde con el concepto de clase ni tiene conciencia de tal —fenómeno éste que sólo aparecerá como consecuencia de las revoluciones del siglo siguiente—, apunta Maravall otra idea que atravesará no menos abundantemente los estudios aquí reunidos: la determinación autónoma que las ideologías, como las llama a veces,

o las mentalidades, como las denomina otras, ejercen, de un modo no menos real que los fenómenos materiales, sobre el conjunto de la sociedad. Así, «es difícil hallar un momento en que se nos muestre la cultura con más eficaz capacidad para mover las ideas *desinteresadamente*, quiero decir, con independencia de condicionamientos sociológicos, contraviniendo las tesis tan a la moda en la teoría de las ideologías».

Grupo éste de los «burgueses» animado de profunda fe en la cultura y de una fe no menor en el medio por antonomasia para promoverla, la educación, —como ya apuntara Sarrailh—, con vistas a ese fin último que es *la utilidad social* para esa realidad que en este siglo se descubre como *patria* y como *nación*. Si la promoción de las Luces incluye como *pars destruens* la eliminación del error, la Ilustración aparece como crítica y denuncia, que se dirige, ante todo, a los estamentos, en especial a la nobleza, de cuya oposición al proceso de nacionalización se señala como causa el carácter ocioso frente al nuevo valor que se propugna como vínculo social, el trabajo, factor de creación de bienestar, de riqueza y de progreso, no impregnado todavía de las connotaciones políticas que asumirá en la centuria siguiente. Felicita Maravall al historiador francés por el acierto que ha tenido en insistir sobre el carácter *social* que tienen las propuestas de reformas de los ilustrados acerca de los más variados elementos de la economía, sin atisbo en ellos todavía del espíritu burgués individualista cuyas manifestaciones más definidas habrán de esperar asimismo al siglo siguiente.

Maravall ha ido respunteando en la obra de Sarrailh esos elementos que van a constituir el nervio de su propia obra, que tardará treinta y cinco años en aparecer. Esta anticipación sólo se explica si ya en el momento en que reseña la obra del hispanista francés, Maravall tenía en el «taller» reunidos materiales propios que coincidían con los de aquélla. De ahí que junto a los elogios y al señalamiento de las coincidencias, aparezcan apuntes críticos a la obra del francés. Estos son dos, y de carácter epistemológico. El primero señala una deficiencia categorial; el segundo, una laguna en las fuentes que hubieran, en buena medida evitando la primera. Si, por un lado, la obra de Sarrailh es una espléndida narración, por otro «falta, por lo menos en parte, un tratamiento sistemático de las categorías con las que hay que construir la interpretación histórica de la Ilustración. ¿Cuáles son

las ideas del hombre, de la naturaleza, de la historia, de la nación, del Estado, de la economía, de la libertad, de la utilidad, de la burguesía, etc., que están en la base del pensamiento ilustrado y desde las cuales éste se levanta? Se nos dice lo que se espera de la ciencia natural, pero no lo que se piensa en el fondo sobre el ser de la naturaleza; se nos narran los esfuerzos educadores, pero no se analiza el concepto que se tiene del hombre para poderle considerar como objeto de esa educación». Y en esta relación con ello observa que en la bibliografía, abundante en el acopio de materiales para la construcción histórica, faltan títulos y autores que hubieran podido prestar los instrumentos necesarios para aquélla; así, los de Cassirer, Dilthey, von Wiese, Becker, Schnabel, Hazard, y, para el ámbito específico de la Ilustración española, los de Sánchez Agesta, Olga Quiroz, Ceñal, García Pelayo, Palacio Atard y otros.

III

Leído este tomo IV de *Estudios de historia del pensamiento español* con morosidad no exenta de una delectación semejante a la que Maravall sintiera con la prosa narrativa de Sarrailh, se tiene la impresión de que la madrugadora reseña de la obra del hispanista francés era ya un a modo de programa de lo que habría de historiar sobre nuestro siglo XVIII. En efecto, la fórmula política de nuestro despotismo ilustrado que ahí se apunta; la insistencia en la determinación social que tienen los elementos mentales; la confirmación de una etapa preilustrada en el movimiento de los *novatores*; la caracterización del tipo del «burgués» ilustrado; el análisis pormenorizado de los conceptos o categorías mentales que subyacen y orientan las reformas ilustradas —las categorías de patria, nación, industria y fábrica, civilización y cultura, educación, utilidad, naturaleza—; el hallazgo, en ese juego de vaivenes que caracteriza la obra entera de Maravall, de un prerromanticismo en personajes como Cadalso, Forner y Moratín, y de tendencias políticas de orientación liberal que fructificarán plenamente en la centuria siguiente, son todos ellos elementos que forman el núcleo argumental de este caudaloso volumen. A través de todos ellos una obsesión persigue a Maravall: reivindicar para España la existencia de un siglo

ilustrado —contra anteriores y bien conocidas negaciones—, y mostrar que nuestra Ilustración fue diferente, en sus inicios y en su final, en su propio desarrollo interno, en sus logros y en sus fracasos. Notorio es que la Ilustración española se inició con décadas de retraso respecto de la europea (P. Smith sitúa el comienzo de la inglesa en el año de la publicación de los *Principia* de Newton, 1687). En las décadas finales del siglo XVII se asiste en Europa a una intensa actividad intelectual, y unos años más tarde, y a expensas de la favorable coyuntura económica, se advierte también en España una poderosa renovación del pensamiento, tanto en el ámbito de la filosofía como en el de la teoría política o en la orientación de los estudios científicos, en especial de la medicina, renovación que va a poner las bases del futuro pensamiento ilustrado.

A la historia de ese período va a contribuir Maravall con el estudio de una obra sintomática: *El hombre práctico o Discursos sobre su conocimiento y enseñanzas* (1680), de Gutiérrez de los Ríos, tercer conde de Fernán Núñez. En él descubre un buen elenco de esos elementos preilustrados, coincidentes con los que pueden hallarse en el resto de los *novatores*: crítica de las supersticiones y de la magia; apelación a la autoridad de Gassendi frente a la de Aristóteles o la de Descartes; pronunciamiento a favor del idioma francés en lugar del latín; asignación a la filosofía como cometido propio el reducir el hombre a sociedad; origen contractual de ésta; promoción entre las gentes de la denominada *cultura civil*; repudio del localismo; intimación al estudio de la historia; concepción de ésta como mutabilidad de los siglos, individuales y valiosos por sí mismos; sentido del progreso como marcha hacia adelante; apelación al criterio de *utilidad* como fin de toda empresa, teórica o práctica; sentido moderado por la novedad; crítica del fundamento tradicional que se arrogaba la nobleza hereditaria y de los privilegios en general; elogio del trabajo; postura prefisiocrática en economía; señalamiento de la felicidad social como meta final de toda reforma, etc.

IV

Si es cierto que no se puede hablar en nuestra historia de una Ilustración en su plenitud, dentro de su espe-

cificidad y de sus límites, hasta mediado el siglo XVIII, no por ello su primera mitad deja de contener, de manera embrionaria y vacilante, los elementos que propiciarán aquélla. Por un lado, como siempre señala Maravall, en las transiciones de épocas, se dan en el primer cuarto de siglo no pocas supervivencias barrocas, en especial por lo que respecta al pensamiento filosófico y al político. Por otro, ya se apuntan, en otra serie de autores, elementos que conducen al pensamiento ilustrado. Maravall rescata del olvido a algunos de entre ellos (pp. 360-361). En filosofía, las supervivencias escolásticas, especialmente en los centros de enseñanza, son poderosas; pero si el cartesianismo entró en un principio en España de tapadillo, deglutido por el jesuita Maigan, poco a poco la línea de pensamiento que alcanzará hasta la segunda mitad del XVIII será la que, iniciada también en los *novatores*, reclama la autoridad de Bacon, Boyle, Newton, Mandeville, Locke, Ferguson, Muratori y otros; a ellos se añadirán más tarde otros nombres, como el de Condillac, reforzando esa línea empirista y sensista que hará que tampoco nuestro siglo XVIII sea «cartesiano».

Ese inicial siglo XVIII va a estar dominado por un figura señera: Feijóo. Así lo ha visto Maravall, en un artículo cronológicamente tardío dentro de su producción —«El primer siglo XVIII y la obra de Feijóo» (1976)— en el que reivindica para el ilustre benedictino, pese a las inevitables contradicciones y precauciones con que escribe, su carácter plenamente ilustrado, debido a su rechazo de todo principio de autoridad en filosofía y a la reivindicación de la «experiencia» como origen de todo conocimiento, que explica su celo antimetafísico y antirracionalista, y que lo vincula, por un lado, con los libertinos eruditos franceses —en especial Naudé y La-Mothe-Le-Vayer—, con Gassendi, Bayle y con Fontenelle, y, por otro, con la tradición empirista inglesa, en especial con Newton. Como en tantas ocasiones, Maravall, con una idea más comprensiva y pluralista de lo que fue históricamente la Ilustración —no sólo en España sino en Europa entera— encuentra acomodo perfecto dentro de ella para esta figura que una concepción más estrecha había pretendido excluir de la misma. El autor del *Teatro Crítico* había de merecer de la pluma de Maravall un artículo más recogido en este volumen: «El espíritu de crítica y el pensamiento social de Feijóo».